

POLITICA ESPAÑOLA: EL DISCURSO DE FRANCO

LA inauguración, el 18 de mayo, de un nuevo período legislativo de las Cortes Españolas ha tenido carácter trascendental. No se limitó el Caudillo, en su exposición a la Cámara, a dar cuenta de la labor gubernamental correspondiente al lapso de los tres años precedentes al período legislativo que se abría; por el contrario, creyó llegado el momento de hacer un balance total de la vida del Régimen, destacando las líneas políticas fundamentales, interiores y exteriores, que constituyeron los caminos de nuestra conducta durante todo ese tiempo y señalando los del porvenir. Dos causas, a nuestro juicio, han determinado semejante balance: una, en lo referente a la política interior, es la de haber ya alcanzado el Régimen la suficiente madurez institucional; otra, en lo que hace a las azarosas relaciones exteriores, la que mira al nivel a que llegaron las aguas mundiales de la discordia y la positiva decantación de las razones españolas hacia cauces más limpios y honestos de la comprensión universal. Las palabras del Caudillo en este orden han tenido, sobre la serenidad acostumbrada, mayor energía y claridad que nunca; sin angustia ya, y sin jactancia, la fría ordenación de las razones españolas constituye toda un acta de acusación para la Historia, y han sido tan lamentablemente sensacionales los hechos revelados por Franco, que se sentía, en el ambiente de aquel día de la Cámara, con la patriótica indignación de los representantes y de cuantos escuchaban su exposición, el rubor de la vergüenza ajena, entregada —a cambio de tan escasos resultados— a semejante trapicheo por los bajos fondos de la política.

No vamos a dar aquí transcripción íntegra del extenso y documentado discurso del Jefe del Estado, pero sí, como corres-

ponde a la naturaleza de esta REVISTA, intentamos resumirlo, glosando y reproduciendo sus párrafos más importantes y significativos.

POLÍTICA INTERIOR

Dos grandes líneas dialécticas pueden seguirse en esta parte de la exposición del Jefe del Estado ante la Cámara: una nos conduce directamente a la verificación ideológica del Régimen, a la exposición de las razones políticas que forman la armadura de la posición española, tanto en lo puramente institucional como en lo militante en el orden de las ideas —es decir, en el anticomunismo—; la otra lleva por el camino, más bien expositivo, de las realizaciones de una obra de gobierno de diez años.

En la primera de las líneas indicadas encontramos, encabezando el discurso de Su Excelencia, la declaración de la mayor eficiencia del sistema de participación del pueblo en las tareas del Estado conseguido, frente al sistema de grupos y partidos, a través del régimen orgánico de las Cortes Españolas; así como la de haberse determinado su establecimiento, en 1942, de acuerdo tan sólo con las necesidades del proceso político español, «cuando ni siquiera se sabía cómo había de pensar el mundo que de la guerra saliese».

Pero la declaración fundamental en este orden es aquella que consagra la plena madurez institucional del Régimen, que es la que le da consistencia internacional, garantizando, a través de las Leyes Fundamentales, no sólo la continuidad de Franco en la Jefatura del Estado, sino también la continuidad de las esencias de nuestro Movimiento Nacional más allá de cualquier eventualidad de orden personal; «sin que nadie pueda, en lo sucesivo —dijo— especular con la inestabilidad de una situación que no admite parangón con los dos últimos siglos de nuestra Historia, y que aun para ese futuro que, gracias a Dios, aparece todavía lejano, de que lleguen a agotarse mis energías o se extinga mi vida, la Ley de Sucesión ofrece la suficiente flexibilidad para que, llegado el caso, rijá la vida

«española quien, a propuesta del Consejo del Reino y a juicio de las Cortes, tenga títulos suficientes y encarne las mayores promesas para la continuidad y la dirección de nuestra Patria». Frente a la discontinuidad que ha entrecortado, en la historia española de los últimos tiempos, la vida de monarquías y repúblicas, malbaratando los intereses supremos de la Patria, Franco, sin eludir ejemplos, ha declarado como preferible garantía de los destinos españoles un sistema con flexibilidad suficiente para anteponer el interés de la Nación a cualquier otro demasiado rígidamente sujeto a los avatares de la dinastía o de la herencia. «Si algo puede garantizarlo (el futuro) es, precisamente, la falta de rigidez en el sistema que ofrezca soluciones para todas las situaciones que puedan presentarse, ya que lo único verdaderamente eficaz es el crear una conciencia pública en la Nación y que el Régimen alcance para la Patria la grandeza que una a todos en la defensa de su común destino».

No menos importante es la reafirmación del anticomunismo, profesado por España desde los días iniciales de la Cruzada. «Conforme el tiempo transcurre —afirmó— y la situación de Europa se hace más difícil, destaca la trascendencia de nuestra victoria sobre el comunismo». Repasa a estos efectos lo que fué y lo que pudo haber sido para Europa la bolchevización de España, y cómo en ese intento frustrado cabe tanta responsabilidad al socialismo como al comunismo. De habernos cedido a la turbia marea de los frentes populismos democráticos, España sería hoy punto de apoyo fundamental para la bolchevización del Occidente: «pudimos ser la base y somos el obstáculo». Esa soviétización comenzada en España fué, en efecto, la primera empresa exterior que se ofreció al pueblo ruso, y Rusia puso en juego, desde los primeros momentos, todos los recursos posibles de su propaganda y de su fuerza militar; no obstante —y esta es la lección que España brinda al mundo— «todo aquel intento de bolchevización de España, del envío a Rusia de nuestro oro y de nuestros barcos, aquella entrega total de nuestra nación a los «soviets», fué presidida aquí por los Gobiernos socialistas que en el Poder se sucedieron, los mismos que hoy pretenden buscar alianzas con sus víctimas y

que arrastran sus miserias por el mundo en adulación servil a los gobiernos occidentales». No pueden llamarse a engaño los contemporizadores de otras latitudes, aunque tal vez, como más adelante dijo el propio Franco, «haya que pasar por las etapas de descomposición política que España pasó, por tiempos revolucionarios en que la criminalidad se asienta en el Poder, por el dominio absoluto de las hordas manejadas por el comunismo para comprender toda la importancia y la gravedad hacia las que el mundo camina». Si la victoria española, alcanzada «en una batalla que el mundo empieza hoy a librar» no basta como ejemplo y escarmiento, no será nuestra, ciertamente, la culpa; lo que sí está definitivamente claro es que los españoles no nos dejaremos arrastrar ya más por esos contubernios ideológicos que conducen a la ruina y a la muerte, ni volveremos a consentir que ningún compuesto marxista envenene la vida nacional. Las palabras de Franco fueron, en este sentido, tan rotundas como la voluntad española que le respalda: «En el crimen organizado, en sangre, fuego y lágrimas cayeron en España, envilecidas, para no levantarse, aquellas organizaciones marxistas y sus similares que un día polarizaron la atención de las masas».

Tras estas declaraciones, pasó el Caudillo a desarrollar la parte preferentemente expositiva de su discurso, en orden a la política interior: un balance general de la obra de gobierno llevada a cabo por el Régimen hasta el día. Sin duda por eso ha creído Franco conveniente repasar, una vez más, el estado general de abandono de la nación, que hubo de servir de punto de partida inexcusable para dicha obra, datos sin cuyo conocimiento no podría valorarse en su justa medida la obra gubernamental.

Pasa a continuación revista a esa ingente tarea que se planteaba el Gobierno y a los puntos neurálgicos de su desarrollo, así como a las directrices político-económicas que la inspiraron en cada una de las ramas de la Administración pública. No vamos a reproducir aquí los datos acumulados por Franco en la exposición a la Cámara de los jalones marcados en la política de riegos y grandes obras hidráulicas, en las realizaciones fabriles, industriales y mineras; en la creación de nuevas zo-

nas algodoneras; en la repoblación forestal; la parcelación de fincas por interés social, o el fomento de los medios de tracción mecánica, o en la revalorización de nuestras colonias, que «lejos de constituir un gasto, han pasado a ser un elemento valioso para nuestra economía». Sí interesa, en cambio, recoger aquí las condiciones en que dicha obra hubo de llevarse a cabo y los principios que la orientaron y aún la orientan. Una experiencia histórica de diez años en casi pleno aislamiento económico y moral es lo que España ofrece al mundo; un enorme esfuerzo de abnegación y de trabajo llevado a cabo, sin la menor ayuda exterior, desde los años de nuestra propia postguerra hasta los de la postguerra ajena, pasando por las circunstancias aún más excepcionales de la conflagración mundial. En dos importantes párrafos de su discurso hizo alusión Franco a esta ausencia de ayuda exterior, que hubiera sido plena y absoluta si no hubiera mediado la colaboración de Argentina, «que permitió resolver en parte el agudo problema de la necesidad de cereales». Y es de destacar el tono con que subrayó la entidad de ese aislamiento económico; ni se despegó de la realidad, desdeñando con vana jactancia una comunicación económica con el exterior que precisamos, ni adoptó el tono humilde de pariente pobre que aceptaría la limosna aun envuelta entre desprecios. España tiene sus propias fuentes de trabajo y de riqueza y no aspira a ninguna «sopa boba» universal. Mas, añadió: «no quiere esto decir que no nos interesen y desdeñemos las ayudas económicas extranjeras. Donde encontramos el camino abierto allí hemos ido dignamente a buscarlas». Pero si esa ayuda se regatea o no se nos da, nadie debe alarmarse, pues es ya mucho el camino que hemos vencido y, aunque más lentamente y continuando los sacrificios, llegaremos a la meta que nos hemos propuesto».

En el orden de los principios políticos que han dirigido esa economía recluida en sus propios recursos, caben señalar, como más importantes, los siguientes, registrados en diversos párrafos del discurso que nos ocupa:

1.º La necesidad de superar la política liberal del *dejar hacer*, mediante la creación de instrumentos y órganos del Estado que supliesen la insuficiencia industrial española y el egoísmo»

de los «capitalistas maliciosos»: el Instituto de la Vivienda, el Instituto para la Reconstrucción Nacional, Regiones Devastadas, el Instituto de Colonización y el Instituto Nacional de Industria son los principales instrumentos en este orden, a cuya labor pasa revista Franco encomiásticamente, deteniéndose en especial en el último; y subrayando el sentido de esta política frente a la actitud de otros países —Inglaterra, Francia— que se titulan democráticos y en los que las empresas privadas están sometidas a un creciente régimen de estatificación. «El sistema español —dijo— precisamente por un reconocimiento de la eficacia y de la agilidad de la iniciativa privada, y de considerar que le sobran al Estado moderno medios para hacerlas servir al interés común, se ha alejado de esa idea, a nuestro juicio torpe, de las estatificaciones, y buscó en la sociedad mercantil de tipo privado las características para las sociedades que el I. N. I. constituye, y que, al contrario que en el extranjero, en momento oportuno, una vez en marcha, serán en general transmitidas a la propiedad privada española».

2.º La necesidad de reformar el mecanismo de la sociedad anónima, que en España viene discurriendo en el mayor de los libertinajes.

3.º La norma de no llevar la intervención del Estado en la vida económica más lejos de lo que imponga el interés público, en este tiempo de excepción, en el que hay que enfrentarse con la codicia y la confabulación del egoísmo humano, pero tampoco abandonar la economía al juego de la libre concurrencia. Es iluso pensar que dejando en libertad el juego de la oferta y la demanda los precios pudieran estabilizarse. «La indiferencia del Estado en la materia, sólo favorecería al vendedor». «Por ello es necesaria la constante vigilancia del Estado, pese a todas sus dificultades, para establecer un orden y defender a unos contra la codicia de los otros. En el interés de todos está el que el aumento de producción y mejora de nuestra balanza nos permita satisfacer cumplidamente, en el menor plazo, las necesidades de nuestro pueblo y liberarle de tantas molestias, que si para ellos aparecen repartidas, para mi Gobierno pesan en su conjunto, amargando nuestra vida, sin que basten a compensarlo otras satisfacciones de gobierno».

4.º Por último, aludió también al principio de cooperación que ha de regular nuestra economía exterior, pues «no se trata tampoco de pretender una autarquía en pugna con el concepto de la sociabilidad y de las propias conveniencias económicas de intercambio para los pueblos..., sino de nivelar nuestra balanza de pagos con el exterior y acrecentar este comercio a tenor de las nuevas necesidades».

En cuanto al resto de la política interior, destacó el Caudillo, frente a las patrañas que circulan por ciertas emisoras y publicaciones, la absoluta normalidad de nuestra administración de Justicia, cuyos tribunales funcionan en total independencia y libertad respecto al Ejecutivo, y cuya organización penitenciaria alcanza hoy el nivel más humano y adelantado de entre todas las naciones civilizadas, habiendo liquidado plenamente hace ya años la criminalidad producida con motivo de la revolución roja, y mostrando en la actualidad como cifra de penados de todo orden en la nación, «entre condenados, detenidos y procesados, la de 38.700, sensiblemente igual a la que España tuvo a través de todas las épocas, pese a los intentos de criminalidad fomentados desde el extranjero y al haber superado la población española los veintiocho millones de habitantes». Denunció también como «absolutamente falsos esos infundios, que nuestros adversarios hacen correr, de intolerancia religiosa en nuestra Patria», y enumeró a continuación los avances logrados en el terreno cultural y sanitario, así como el ritmo progresivo de nuestra legislación laboral.

En este último aspecto insistió el Caudillo en más de un apartado de su discurso, exaltando la significación social del Régimen y señalando cómo la verificación de los anhelos de justicia social dentro de un orden constituye, con uno de los más encomendados motivos de la enemistad comunista —que ve cómo se le ha arrebatado esa bandera— uno de los puntos de reconocimiento de la fortaleza española desde el exterior; pero, al mismo tiempo, tuvo su palabra un matiz de advertencia para los beneficiarios de la mejora social, que en ocasiones no corresponden a los esfuerzos que cuesta: «Es necesario que los elementos productores se convenzan —dijo— de que no basta la legislación sobre las mejoras sociales para que éstas tengan

toda su virtualidad; aquéllas no podrán en lo sucesivo mejorar, o llevarán una marcha lenta, si no aumenta la producción y no se multiplica la riqueza y los bienes nacionales, si el trabajador no corresponde a la mejora social con toda su voluntad para el trabajo y con el aumento de su rendimiento». Clara advertencia que aligerará, sin duda, el horizonte de determinadas industrias, sometidas, en condiciones de crisis por la escasez de energía eléctrica o de material, a soportar una carga social no compensada por un esfuerzo proporcional de la mano de obra. Por último aludió, en este orden de cuestiones, a la obra ingente que lleva a cabo la Presidencia del Gobierno elaborando los programas de ordenación económico-social de todas las provincias españolas, obra que completará y mejorará sensiblemente en el futuro la gestión toda del Gobierno.

Como apartado final de esta recapitulación de la política interior, expuso Franco los hitos principales marcados en el camino de reorganización de nuestras fuerzas armadas, entre los que destacan dos creaciones importantísimas: las del Ejército del Aire y la de la Milicia Universitaria, que proporciona una cantera inagotable de oficialidad complementaria para caso de movilización. Asimismo han sido notables los progresos obtenidos en cuanto a la construcción naval militar y a la formación de los mandos superiores del Ejército, «pudiendo decir que los ejércitos españoles, a la excelente calidad de nuestros soldados, unen hoy unos cuadros de mando en calidad y unidad como hacía muchos años no poseían los ejércitos de nuestra Patria».

POLÍTICA EXTERIOR

Esta parte del discurso de Franco es, sin duda, la que mayor asentimiento y adhesión ha despertado en la nación española; sus párrafos, más de treinta veces interrumpidos en las Cortes por atronadores aplausos de los procuradores puestos en pie, rumores aprobatorios y expresivos murmullos, han tenido en la calle una enorme resonancia, puesta de relieve no sólo

en la manifestación popular organizada después de la histórica sesión, sino en el sentir de todos los círculos sociales del país, desde las conversaciones en las tertulias privadas hasta los comentarios recogidos por la prensa y radio durante muchos días después del de la apertura de las Cortes. El pueblo español ha encontrado en la palabra de Franco la expresión de la verdad callada durante mucho tiempo y, con ella, la justa medida de un hartazgo que, como la alegría de saberse en el camino cierto, ha aflorado sin disimulos ni cortapisas en medio del aire viciado del mundo. La revelación inequívoca de esta profunda, honesta y gallarda razón española y la forma en que ha sido firmemente mantenida frente a las turbias y malogradas maniobras de los otros, han confirmado además, en la mente del pueblo y de las Cortes, la seguridad de saberse bien conducidos y representados en este orden. Puede decirse que el prestigio de Franco ha ganado, con esta españolísima parte de su discurso, muchos puntos en la estimación de su pueblo, que tiene, frente a las estrecheces e incomodidades materiales de una postguerra que también los demás padecen, esta compensación moral, que otros no tienen, de una postura internacional certera, gallarda y serenamente mantenida frente a los tuteos, las rectificaciones y las tragicómicas y fatales peripecias de los pueblos.

Comienza esta parte del discurso reconociendo el más alto y victorioso nivel que las razones españolas han alcanzado en la confusa marejada mundial del presente, pese a lo cual la lección adelantada de España no es aprendida con provecho por las naciones. Toda la exposición de Franco sigue la trayectoria azarosa de la postura española por el largo y duro camino de estos años, en que el mundo, pese a la política de paz entendimiento y serenidad que presidió siempre la conducta de España, nos ha distinguido con una hostilidad absurda, enconada y muchas veces vil. De esta suerte, abarca tanto la demostración de nuestra independencia e integridad, celosamente mantenida durante nuestra Cruzada, cuanto la escrupulosa neutralidad sostenida, contra los unos y contra los otros, en la Guerra Mundial. La exposición se torna particularmente dura y sensacional cuando relata los avatares de nues-

tra independencia, en las postrimerías de la Guerra, y bajo la oleada de inmoral encono desencadenado en la postguerra desde Moscú y paladinamente secundado por el gobierno de Su Graciosa Majestad.

Desde los comienzos del Movimiento Nacional abrigó España la ilusión de que «podríamos llegar a ser, por nuestra ejecutoria de nobleza, por nuestra hidalguía bien probada y por nuestro desinterés, un lazo de armonía entre los pueblos de Occidente». Sin embargo, las pruebas de la malevolencia ajena no nos faltaron ya en ese tiempo difícil de nuestra Cruzada, cuya victoria trajo, no obstante, el reconocimiento universal y sin ninguna clase de reservas. Por entonces también «nuestra política fué de serenidad, de no recoger las incomprendiones y las ofensas que se nos inferían, como aquella negación de beligerancia y aquellas intromisiones en nuestro bloqueo, que dificultaban y retrasaban nuestra victoria». El puntilloso sentimiento de independencia de España nos llevó paralelamente, en aquella época, a rechazar toda suerte de solicitudes y convenios económicos, favorables, pero que pudieran supeditar en el futuro la economía española a la alemana, lo mismo que a demorar, hasta que terminada nuestra guerra no hubiese ni sombra de influencia extraña y España lo aceptase libre y espontáneamente, la firma del Pacto Anti-Komintern, a pesar de ser éste un acuerdo meramente informativo de las actividades comunistas en cada uno de los países. Esta integridad intachable de nuestra soberanía fué consagrada por el reconocimiento universal; «tenían que pasar los años para inventarse la patraña del factor extranjero en la victoria y en la independencia de España», aunque a la evidencia de nuestra propia postura, atestiguada por los representantes extranjeros en nuestro país, haya venido luego a unirse, por si fuera poco, «la propia documentación cogida en los archivos alemanes, donde se demuestra la realidad y cómo ni un solo compromiso contrajo España con aquellas naciones mientras sonó un tiro en nuestra Patria».

En cuanto a la neutralidad española durante la Guerra Mundial, fué también evidente el escrúpulo con que se defendió frente a las asechanzas de unos y otros; y ello por ra-

zonas naturales de propia conveniencia española —derivadas de los trabajos de nuestra postguerra recién comenzada— y por razones de abstención ideológica, en una guerra que amenazaba al mundo occidental, y para cuya localización y reducción nadie hizo tantos esfuerzos pacificadores como Franco. Respecto a los móviles, exclusivamente españoles, de esta neutralidad, la palabra del Caudillo ha sido también terminante: ni intervino nuestra simpatía a la católica Polonia «por su atropello y desamparo», ni se dió paso a las antipatías que, como reflejo de la historia pasada o de la propaganda vigente, hubieran podido inclinar las fuerzas hacia alguno de los contendientes. «Hubiéramos tenido derecho a haber sido en aquel momento lo que hubiéramos querido; ni un solo motivo de gratitud teníamos que guardar para uno de los bandos, y sin embargo fuimos neutrales». «Si no fuimos en la guerra beligerantes fué porque no quisimos, no porque no se hubieran cometido torpezas para provocarnos». Otra cosa era, naturalmente, que España se dejase arrastrar por la pasión ajena, como pretendían aquellos para cuya conducta no guardábamos precisamente motivos de gratitud; «así no se nos perdonaba el que no compartiésemos su odio hacia Alemania, cuando a través de la Historia esta nación había tenido siempre con nosotros una actuación correcta y amistosa».

La actitud extranjera hacia nuestra neutralidad siguió un ritmo bien conocido: de solícita adhesión en los momentos difíciles y de repulsa y franca hostilidad en cuanto hubo pasado el peligro. Particularmente lamentable ha sido la actitud inglesa, puesta descarnadamente al descubierto por el Caudillo mediante las importantes revelaciones que corren ya a estas horas por toda la prensa del mundo.

Esta política se manifiesta, principalmente, en cuanto al primer período, en las promesas británicas a costa de Francia: —que constan en el telegrama del Duque de Alba, de 2 de octubre de 1941—, y en los ofrecimientos del embajador inglés, a espaldas del norteamericano, a raíz del incalificable intento de su Gobierno de ofrecer a España como escenario para el segundo frente —tentativa evidenciada en los telegramas de

Londres, de 31 de enero de 1944, y de Moscú, de 7 de febrero del mismo año—.

En cuanto al segundo período —una vez obtenida la victoria aliada— una campaña vesánica se encargó de colmar el cuenco de la gratitud extranjera, vertiendo, contra la España que había sido impecable y provechosamente neutral, toda la hez de una pecaminosa propaganda.

El telegrama de Alba, exponente máximo de esas promesas reiteradas y no solicitadas, «que, por ser hechas casi en artículo mortis, ofrecían muy poca confianza», decía así: «Londres, 2 de octubre de 1941.—Al Ministro de Asuntos Exteriores. Madrid.—Hoy almorzó en nuestra Embajada Churchill, Eden, Embajador de Inglaterra en Madrid (Hoare) y otros. Primer Ministro, en conversación, me dijo que su deseo era que España sea cada vez más próspera y fuerte, que si Inglaterra gana la guerra, lo que para él no ofrece la menor duda, Francia le deberá mucho y ella a Francia nada, por lo que Inglaterra estará en situación de hacer presión fuerte y definitiva para que Francia satisfaga justa reivindicación de España en el Norte de Africa. Según él, Italia quedará, como Francia, bastante disminuída, lo que proporcionará a España ocasión de ser la potencia más fuerte en el Mediterráneo, en el cual podrá contar con la ayuda decidida de Inglaterra. Estamos decididos, añadió, a ayudar a España en todo, sólo pedimos que España no deje pasar por su territorio a los alemanes». Firma el Duque de Alba. «Los ejércitos alemanes —añadió el Caudillo— fueron detenidos en la frontera, y cómo fueron cumplidas las promesas lo pregonan la historia de nuestras relaciones de estos últimos años con la Gran Bretaña».

La otra ocasión en que la actitud británica tuvo lugar para poner de manifiesto su endémico y ya decadente maquiavelismo, fué en los primeros días de 1944, los más graves para nuestra neutral independencia. Entre la apasionada expectación de las Cortes, relató el Caudillo cómo en aquella sazón una campaña artificial de prensa y radio interrumpió de pronto nuestras negociaciones con los aliados sobre el suministro de carburantes, precisamente respondiendo a una secreta maniobra inglesa que intentaba ofrecer nuestra Península como campo

para apertura del segundo frente, prometido en Teherán y exigido entonces con apremio por Moscú; y cómo luego, rechazada por Rusia tal proposición, se apresuraron los propios británicos a enviarnos la visita de su embajador, «a espaldas del norteamericano», para «indicarnos que el temporal había pasado al anunciarnos que si la otra parte no quisiera suministrarlos estaban dispuestos a hacerlo ellos desde el Oriente Medio».

La clave de semejante incalificable intentona, atentoria contra la integridad y la paz de un país intachable, neutral y pacífico, fué conocida más adelante por España, y se encuentra en los dos sensacionales documentos telegráficos que Franco dió allí mismo a conocer, para indignación de todas las gentes honestas del mundo, e imperecedero recuerdo de los españoles. Son: el telegrama del Foreign Office al State Department, como consecuencia del informe presentado por el general Jorge Strong, y el telegrama respuesta de Moscú. Dice así el primero, fechado en Londres el 31 de enero de 1944: «Llega a nuestro conocimiento y al Gobierno de Su Majestad el magnífico informe trasladado por Mr. Harry Sopkins, que el Jefe de Información Secreta americana ha presentado bajo la firma prestigiosa y respetable del Oficial general, Mr. Jorge Strong. La Gran Bretaña ve con el máximo interés, simpatía y deseo de acierto, las sugerencias del distinguido firmante, tanto más cuanto que a las facilidades que brinda la Península Ibérica (sobre todo de lograrse una doble protesta impotente previa) se une el agrado con que seguramente nuestra magnífica y heroica aliada la U. R. S. S. acogería ese puente de acceso a la fortaleza europea. Con la conformidad absoluta de nuestro Premier y del Gobierno de Su Majestad Británica y con nuestra felicitación por el indudable acierto, *Robert Armit*». El segundo telegrama, fechado en Moscú en 7 de febrero de 1944, dice así: «¡Salud y unión! Reunido el Polit Bureau de la nueva República Federal Socialista Rusa bajo la alta Presidencia del compañero M. I. Kalinin, ve con agrado las frases del comunicado de Wáshington de 4 de febrero corriente, más no así la copia de la conformidad británica para algo que hemos rechazado sin discusión. A la R. S. F. S. R. no le inte-

resa en el momento presente la Península Ibérica como simple paso que pudiera detener a sus aliados con una segunda triste parte de la hazaña en Italia, sino el ataque a fondo al Reich en la fortaleza del Atlántico. Toda otra cosa la estima este Polit Bureau materia de discusión al presente. Ciertamente acogemos la afirmación británica de nuestro enorme interés permanente por la Península Ibérica, pero sabemos cuál es el mejor procedimiento para nuestra mayor necesidad del momento...» «¡La victoria o la muerte! En la Torre Gris del Kremlin, por orden suprema del compañero Stalin, *Anatoli Laurentief*».

La prueba abrumadora que estos telegramas representan no es la única; el propio Franco aludió a otras que hubiera podido aportar, y a muchas más que se airearían si se ventilasen como conviene los archivos de la guerra; pero, efectivamente, «basta con ésta», que explica tantas cosas, «para que los españoles puedan comprender la fuerza poderosa de nuestras razones en esta hora en que el mundo parece empezar a reconocerlas».

Aun antes de la terminación de la guerra, y previendo los azares de la asfixiante paz que iba a sucederla, España intentó despejar sus relaciones con la Gran Bretaña, pero a este intento conciliatorio, lleno no de otra cosa que de serena atisbación del porvenir. Inglaterra contestó desatando ciegamente contra nuestro país una nueva etapa de hostilidad, de crecida virulencia y redoblada torpeza. «Han tenido suficiente publicidad —dijo Franco— mi carta al embajador y la respuesta inglesa, para actualizar una victoria que la ceguera ajena había de ofrecernos a corto plazo. Las promesas solemnes y las palabras se las llevó el viento, y en el río revuelto de la postguerra, para servir a las pasiones de las logias y a los marxismos despechados, surgió una etapa de publicidad contra nuestra Patria y de debilidad del Occidente frente a las maquinaciones de los soviets».

Dos consecuencias obtiéndose, al hilo del discurso del Caudillo, de esta infausta política: la una, hace relación a la integridad y cohesión misma de la Europa del presente; la otra,

se refiere concretamente a la reacción que en nuestro pueblo ha provocado una tan impar hostilidad.

En el primer aspecto, ha marcado Franco con toda claridad cómo la política de las zonas de influencia, de rivalidades, debilitación de los vecinos y cesión a las conquistas materiales y morales de los soviets, han llevado al Occidente a una grave situación de sojuzgamiento y de ruina en que la guerra sigue latente. «De la mayor parte de los males que Europa hoy sufre —dijo— hemos de culpar a la política exterior de aquellos Estados que asientan toda su acción en el mundo sobre las zonas de influencia que ha desencadenado la última guerra, y que, pese a la repugnancia americana, entregó a Rusia la mayor parte del continente europeo. Una cosa es la acción rectora que las naciones más adelantadas, ricas y poderosas se ganan en el concierto de los pueblos, sin menoscabo de la soberanía de los otros, por propia voluntad de las naciones, y otra la que encierra imperialismos políticos o sojuzgamientos económicos que los pueblos todos del universo rechazan». «Las naciones —había dicho unos párrafos más atrás— han pasado a ser sumandos de una suma, y es torpe y efímero cuanto intento levantarse sobre la deslealtad, el odio o los rencores, entre quienes están obligados a vivir en una misma zona geográfica».

En cuanto a la reacción de España frente a esa política torpe y enemiga, cuatro corolarios pueden señalarse en el discurso del Jefe del Estado: 1.º El apartamiento de España de esa política continental y la consolidación de la fraternidad peninsular. 2.º Su falta de responsabilidad en la bancarrota europea. 3.º La nueva orientación de su política exterior hacia América; y 4.º El refloreamiento de la amistad hispanoárabe.

Las tristes maniobras de esa «confabulación que ha rebasado todos los límites que se registran en la historia de los pueblos civilizados» ha tenido, en efecto, como primer fruto, el de crear «en nuestro pueblo sentimientos naturales de indignación y de desprecio hacia quienes, olvidando los principios de la equidad, del honor y la hidalguía, revolvieron el fango de Europa para arrojarlo contra nuestra Patria». Se ha colmado la paciencia de esta nación pacífica, y ya «el desprecio y la

repugnancia españolas son poco para llenar el abismo que, poco a poco, de esos pueblos nos separa». Pero, además de esa clara repulsa, hay también que España se aparta por sí misma del desconcierto europeo, frente a cuya desintegrada realidad presente hubiera querido actuar de acuerdo con la histórica misión de universalidad y unidad que recobró tras su propia liberación. «Soñábamos con que nuestra nación pudiera ser un elemento constructivo en una Europa hasta entonces escindida y desviada», pero «estorbó a ello la decadencia espiritual de las naciones de Occidente y una filosofía materialista de la Historia, alimentada por pasiones bastardas y rencores que, ni aun en momentos como los actuales, en que media Europa ha sucumbido a la invasión bárbara de una tiranía asiática y antihumana, ha sabido, ni por simple espíritu de conservación, oponerle una unidad levantada sobre los principios eternos de nuestra civilización cristiana». Apartamiento circunstancial, sin duda, pero claramente de manifiesto, y que opera en el día de hoy, aunque «no renunciamos a que un día, previa la rectificación de esa conducta, pueda realizarse aquel objetivo de unidad y de entendimiento moral del Occidente». Son otros los que tienen que rectificar una postura cuyos trágicos avatares la fatalidad misma se está encargando de perfilar en el sombrío horizonte; no España, cuyos procedimientos pacíficos y cuya buena voluntad han encontrado ese tope de la malevolencia ajena y anormal, que es el que tiene que hundirse en su propio cieno.

Por eso, tal apartamiento implica también un desconocimiento rotundo de toda decisión que pueda recaer sobre el llamado *caso de España*. No existe el *caso de España*; existe más bien *el caso de Europa*. «El problema de España —ha dicho el Caudillo— nunca ha existido ni puede ser cosa de cubileteos matemáticos; a ello se oponen razones de moralidad internacional. Nuestra autoridad y nuestra razón están por encima de lo que una asamblea sin autoridad sobre nosotros intente resolver». Europa queda, por hoy, al margen. Sólo la amistad fraterna entre España y Portugal y la rectitud de nuestra conducta no defraudan nuestra inabdicable conciencia de europeos.

Junto a ese apartamiento, el discurso de Franco señala también, intencionadamente, la falta de responsabilidad de España en la grave crisis del presente. «Si por un lado nos apercibimos de que en esta hora crítica Europa nos necesita, que somos uno de los sillares constructivos del mundo que amanece, por otro nos sentimos desligados y tan lejos de las injusticias que en Europa se cometen, tan divorciados de las concesiones a Rusia y de las debilidades, que afirmamos no habrá paz en Europa mientras aquellas torpes concesiones, hechas a espaldas de los pueblos, no se rectifiquen, y, desaparecidas las zonas de influencia que nosotros abiertamente rechazamos, recobren su independencia y su libertad las doce naciones que en Europa sufren la esclavitud más bárbara». Para el día de mañana, y para la general historia de este tiempo, España ha dicho su palabra de exculpación y de repulsa frente a la tiranía y a la miseria a que se ha reducido a gran parte de los pueblos de Europa; ninguno de ellos «podrá jamás culparnos de haber favorecido su situación, ni con nuestro asentimiento ni con nuestra presencia».

Consecuencia positiva de toda esta política extranjera es la nueva etapa en la orientación exterior de España: «América atrae nuevamente el destino histórico de España, y hacia ella vuelan las simpatías de nuestra nación en una llamada de la sangre, de la Fe y del lenguaje». Y no sólo hacia los pueblos de nuestra estirpe, sino respecto a todo el continente americano, «en el que Norteamérica, por razones de su riqueza y poderío, ha llegado a ocupar un puesto rector». Ante esas relaciones con la América del Norte, la buena voluntad de España está, como siempre, dispuesta; denunciando Franco que si no han corrido por cauces más rápidos y eficientes ha sido por el «torpedeamiento que otros países apegados a aquel viejo concepto de las zonas de influencia han venido haciéndonos», y por la propia debilidad de la política norteamericana. La mutua correspondencia es necesaria para estas relaciones que, para establecerse, tendrán que ser «dignas», de «lealtad recíproca y amistad clara; esas cosas que se llevan tan poco por el mundo, pero que para nuestras relaciones las consideramos fundamentales»; aunque, como más adelante hubo de subrayar

con veracidad no exenta de ironía, «muchas veces las manifestaciones que para la galería hacen muchos hombres públicos suelen ocultar otras decisiones más realistas y honestas»; la honestidad, la claridad y la pacífica cooperación son las normas expresas de la conducta española.

Por último, hizo referencia Franco a la amistad que, siguiendo los lazos de nuestra tradición, se reaviva ahora en el mundo árabe, y cuyos recientes frutos acaban de ser puestos de manifiesto en la votación de las Naciones Unidas, con respecto a España. A estos pueblos, y a los pueblos hispanoamericanos que en «esta etapa vergonzosa han sabido ser nuestros amigos», dedica el Caudillo un emocionado recuerdo, concluyendo por afirmar la satisfacción de sentirnos españoles ante el desconcertado e injusto panorama que el mundo nos ofrece.

GASPAR GÓMEZ DE LA SERNA